

ANNALYDA ALVAREZ-CALDERON GERBOLINI  
JOSEPH DAGER ALVA • ANTONIO ESPINOZA RUIZ  
ROSA MARIA MACERA ZEVALLOS • SUSIE MINCHIN LEME  
SOLEDAD OLAECHEA PARDO  
NATHALIE DE TRAZEGNIES THORNE  
- COMPILADORES -

# La Historia del Perú en la Revista de la Universidad Católica

## Capítulo 11



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU  
FONDO EDITORIAL 1993

Edición preparada por:

Annalyda Alvarez-Calderón Gerbolini

Joseph Dager Alva

Antonio Espinoza Ruiz

Rosa María Macera Zevallos

Susie Minchin Leme

Soledad Olaechea Pardo

Nathalie de Trazegnies Thorne

Dirigida por:

Franklin Pease G. Y.

*La Historia del Perú en la Revista de la Universidad Católica*

Cubierta: Instituto Riva-Agüero

1966

Foto por José Gushiken

Archivo de la Pontificia Universidad  
Católica del Perú.

© 1993, por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel. Apartado 1761, Lima, Perú. Tefs. 626390 y 622540, anexo 220.

ISBN 84-89309-62-0

*Derechos Reservados*

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## HUMBOLDT Y EL PERU

Por *CARLOS DEUSTUA PIMENTEL*

Así como los franceses Bachelier y Frezier llegaron a nuestras costas con su bagage científico y su curiosidad trashumante a comienzos del siglo XVIII, a principios de la centuria siguiente visitará nuestro País otro sabio, el naturalista alemán Alejandro de Humboldt, dotado de la misma inquietud de los anteriores y portando en sus valijas el permiso y el auspicio del borbón Carlos IV, que había concedido su real licencia para que un extranjero penetrara en el conocimiento y estudio de sus posesiones indianas.

No era, pues, insólita la presencia de un europeo no español en la América del Sur en el siglo XIX, porque desde el inicio del asentamiento borbónico en la península Ibérica, muchos ojos escrutadores y ávidos de inspección, habíanse posado en la realidad nuestra. Y es que ya se perdían en la bruma del recuerdo los días en que los dominios de Indias fueran coto cerrado, tesoro accesible sólo a los hispanos y por completo vedado a la mirada indiscreta del extranjero, sinónimo de enemigo de la Corona, de advenedizo, de impertinente observador. Por eso cuando Humboldt llegue a Venezuela primero, haga estudios en Cuba, pase por Nueva Granada y visite el Perú y Nueva España, su presencia será siempre grata y estará acompañada de la anuencia y el beneplácito oficiales.

Don Federico Enrique Alejandro, barón de Humboldt, que fué sin duda uno de los más ilustres científicos que estuvo en el Perú durante la colonia, había nacido en la ciudad de Berlin el 14 de setiembre de 1769. Desde su primera juventud dió claras muestras de sólida vocación científica y humanista. Junto con su hermano Guillermo fué, a los

dieciocho años de edad, a la universidad de Frankfurt. Terminó allí sus estudios universitarios de mineralogía y geología y posteriormente siguió, con singular brillo, cursos avanzados de comercio e idiomas en la ciudad de Hamburgo, pasando luego a Freiberg, en cuya Academia de Minas cumplió un ciclo de perfeccionamiento. Años más tarde estudiará Anatomía en la ciudad de Jena. Allí su espíritu de investigación lo llevará a practicar trabajos sobre el galvanismo. En este interregno conocerá y tratará, entre otros personajes, a Goethe y a Schiller quienes dejaron honda impresión en su alma.

Humboldt fue un científico, ciertamente, pero sobre todo fue un geógrafo enamorado de la naturaleza, y como escribió años más tarde estuvo consagrado al estudio de ella desde su adolescencia. Es así como lograda en gran parte su formación académica, va a sentir la incontenible necesidad de realizar viajes de estudio para verificar o ahondar sus tesis científicas. Frustradas varias de las expediciones, que como interesantes perspectivas, se habían presentado al joven estudioso, va a llegar en el año de 1798 junto con su dilecto amigo Amado Bonpland a la Corte de Carlos IV en Madrid. El barón de Forrel que tenía referencias de primer orden sobre Humboldt será el que lo introduzca en la corte real; y allí, gracias al valimiento del Secretario de Estado don Mariano Luis de Urquijo conseguirá el permiso para realizar la expedición de América que el sabio alemán había anhelado con auténtica vehemencia. “El año de 1799, en Aranjuez, tuve la dicha de ser recibido personalmente por Vuestra Magestad —dice en su dedicatoria a Carlos IV—, la que se dignó aplaudir el celo de un particular al que el amor a las ciencias llevaba hacía las márgenes de Orinoco y hacía las cimas de los Andes”.

Empezaba así la gran aventura de este notable hombre. Sabía ciertamente los sacrificios y privaciones que le esperaban en su empresa, pero estaba decidido a realizarla con el mayor tesón y fe. “Impresionado por la belleza agreste de un suelo erizado de montañas y cubierto de vetustas selvas, encontré en ese viaje goces que me compensaron las privaciones inherentes a una vida trabajosa y a menudo inquieta”, ha de escribir años más tarde.

Este viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente —como rezará el título de su obra— iba a emprenderlo Humboldt en compañía de su dilecto amigo Bonpland, víctima años más tarde de las veleidades del tirano Francia. Después de tocar las Canarias llegarán a las costas venezolanas y a partir de este primer contacto con el Nuevo

Mundo empezarán a dar frutos sus observaciones en las diversas ramas de las ciencias naturales.

América había sido objeto de especial estudio por gran número de científicos europeos en el siglo XVIII. Empero, como es sabido, existían muchos prejuicios sobre nuestra realidad y se repetían con frecuencia manidos tópicos sobre nuestro ambiente, sobre nuestras costumbres y sobre nuestro estilo de vida, que aparecía cada vez más perfilado, singular e independiente. Ejemplo curiosos de esta perplejidad que existía en aquél entonces frente a lo americano, es la discusión que el humanista español Feijoo zanjará con erudición, elegancia y abundantes datos, en torno a la precocidad mental de los españoles americanos y a su entorpecimiento también prematuro. "... la opinión común de que los criollos o hijos de españoles que nacen en América, así como les amanece más temprano que a los de acá el discurso, también pierden el uso de él más temprano... me avisó que debía comprenderse entre los errores comunes", dice textualmente. Contradiendo tan peregrino punto de vista el autor del *Teatro Crítico*, citará en abono de su tesis los preclaros ejemplos de Fray Antonio de Monroy, Arzobispo de Santiago, del marqués de Casa Fuerte Virrey de Méjico, del marqués de Villarocho presidente de Panamá, etc., todos ellos españoles americanos longevos que no mostraron decadencia del juicio en su vejez. Al referirse a nuestro Peralta, auténtico humanista, políglota y multifacético escritor dirá en tono encendido que no se puede hablar de él sin admiración "porque apenas, sin aun apenas se hallará en toda Europa hombre alguno de superiores talentos y erudición".

Estas versiones pintorescas de lo americano —y de lo peruano en concreto— que se habían forjado con precipitado y superficial análisis muchos de los "ilustrados" del dieciocho debíanse a la defectuosa información de nuestra realidad que muchas veces contribuyeron a crear —desdibujada o caricaturizada— los viajeros, algunos de ellos furtivos y poco atentos catadores de nuestro medio. Empero, esta mirada curiosa e inquieta de los europeos hacia América, revela un evidente interés por el Nuevo Mundo enfocado desde diversos puntos de vista. Era una especie de redescubrimiento de América que será analizada por ellos, a fuerza de buenos racionalistas con su planteamiento crítico y experimental.

Es así también como para desvirtuar muchos de aquellos "paralogismos", aparecerá en nuestra Patria el MERCURIO PERUANO, auspiciado por un cenáculo de criollos que tenían alta estima de nuestra tradición histórica que querían estudiar y dar a conocer el verdadero Perú.

Por eso cuando el sabio alemán llegue a América traerá consigo una mejor información sobre nuestro medio, y contará con versiones y estudios del Nuevo Mundo —en gran parte debidos a aquellos auténticos “Amantes del País”— más verídicos y menos extravagantes. Por otro lado su permanencia, si bien es verdad corta en Madrid, le permitirá acumular conocimientos, tratar a indianos o funcionarios e inclusive historiadores, como es el caso de Juan Bautista Muñoz que le proporcionará datos y le facilitará consejos útiles para su viaje.

Hay que tener cuenta también, que en Europa, a fines del siglo XVIII se dejaban sentir ya —como lo advierte la moderna historiografía francesa— los primeros síntomas del romanticismo que adoptará frente a lo americano un nuevo planteamiento. Y esto hay que tenerlo presente, porque la obra de Humboldt impresa en el siglo XIX llevará la impronta del movimiento romántico, diametralmente opuesto al racionalista de la centuria anterior.

Si bien es cierto que Humboldt no ha dejado un estudio específico sobre la realidad peruana, que obvias razones de corta permanencia explican, en su Ensayo sobre el Reino de Nueva España, entre otros trabajos americanistas, hay constantes referencias a nuestro País. Tópico frecuente era entre los escritores virreinales, en efecto, hacer la comparación y compulsión de los dos más opulentos Virreinos de América, Méjico y el Perú. Y esta comparación versaba sobre los distintos aspectos de la actividad humana, hablándose así, muchas veces en tono polémico, sobre cuál de las dos provincias era la más rica, cuál la de más importante comercio, y de mejores condiciones de vida o de más refinadas costumbres, o de mejor gusto en el vestir, etc. Por vía de ejemplo citaremos el caso particular de Gregorio Cangas, quien en su Descripción sobre los Pueblos y Costumbres del Perú nos dice refiriéndose a uno de los aspectos de la controversia —el comercial—, lo siguiente: “Es voz común que el comercio mejicano es más opulento, de más espíritu y de más consumo, pero no por esto dexa el de Lima de competirle en muchas cosas, y así no me atreberé a resolver por menor esta materia, sino dejarla en aquella opinión que se ha grangeado el mejicano, y sólo expondré los motivos que han dado causa a que el de Lima se lleve la preferencia”.

Los juicios y planteamientos de Humboldt en este sentido serán más interesantes y profundos, revelando en forma muy clara su agudo sentido de observación de la realidad. Por ejemplo, cuando nos hable de las riquezas de ambos Virreinos dirá que ellas: “están repartidas aun

con mayor desigualdad en Méjico que en la Capitanía General de Caracas, La Habana y el Perú”; añadiendo: “En Caracas, los Jefes de familia más ricos tienen 10.000 pesos de renta: en Cuba hay quien tiene de 30.000 a 35.000; en el Perú nadie llega a una renta fija y segura de 6.500 pesos. Por el contrario en Nueva España hay sujetos que sin poseer minas juntan una renta anual de 200.000 pesos. Me inclino a creer —concluye— que ha habido un bienestar más verdadero en Lima que en Méjico, porque allí es menor la desigualdad de las fortunas”. Esta versión del Perú colonial, no tan opulento como el que se acostumbra describir y con una insospechada distribución de riquezas, está ciertamente en pugna con la tradicional visión del Perú dieciochesco y con las apresuradas afirmaciones de los intonsos que a base de suposiciones hablan de la colonia como de la etapa feudal, sin comprender los alcances históricos, culturales que este concepto encierra. Esta visión de Humboldt, que tampoco aceptamos nosotros como verdad inconcusa, es interesante sin embargo como hipótesis de trabajo, y de ser confirmada por una severa investigación en torno a nuestra realidad económica y social, vendría a señalar nuevos derroteros y a aclarar, en un terreno científico, diversos fenómenos de nuestra transformación histórica, como el de la aparición de la presunta burguesía en el siglo XVIII, por ejemplo.

¿Cuál fue el Perú que Humboldt conoció y cuáles sus impresiones concretas de nuestra tierra?

El sabio alemán, llegó a Lima el año de 1802. El Perú que le tocó ver, no fue, pues, el fastuoso o de apogeo. Habíase realizado por los borbones españoles en el Virreinato del Perú, por mucho tiempo centro de la monarquía surindiana, las conocidas mutilaciones que trocaron nuestra anterior opulencia en evidente languidecimiento y decadencia. Y con esta afirmación no queremos identificar nuestra postración con la que pudo existir por aquél mismo tiempo en la Península, dando así una visión españolizada de nuestra historia, sino que refiriéndonos al campo puramente material, tenemos que admitir el fenómeno de nuestro declive. Si como ha dicho Porras, Frezier es el autor de la leyenda fastuosa de Lima, Humboldt, aunque superficial e injusto en algún testimonio, será el testigo de nuestra mediocridad.

Desde los albores del Siglo XVIII, como es por todos conocido, fueron llegando a nuestras costas viajeros, de preferencia franceses, que en diversos testimonios nos han dejado su impresión de Lima.

A ellos hemos de referirnos en forma muy somera para ver hasta

que punto estas descripciones, que son de la Lima dieciochesca, difieren de la que nos pinta Humboldt en su viaje.

En el año de 1709, para Le Sieur Bachelier nuestra capital era “una ciudad grande y soberbia” y “contribuye grandemente a esto —dice— la regularidad de sus edificios todos de una misma simetría y en línea recta. Tiene una gran extensión tanto a causa de las calles, que son muy anchas, y de la plaza que es muy grande, como porque las casas ocupan mucho espacio, pues son todas de veinticuatro pies de ancho y el doble de largo”. “Lima —dice más adelante— tiene una corte soberana, una célebre universidad y algunas fábricas de géneros, una papelería y una vidriería”.

Frezier, más explícito que su compatriota, más fino observador, pero también más antiperuano, nos habla en un tono que, como dice Raúl Porras “dista mucho de ser lisonjero para la ciudad”; y “a su ironía gala une su profundo antiespañolismo”. Así refiriéndose a las modas dirá: “Los hombres y las mujeres son igualmente inclinados a la magnificencia en sus trajes; las mujeres no contentas con las riquezas de las más bellas telas, las adornan a su manera con una cantidad prodigiosa de encajes, y son infatigables para las perlas y las pedrerías... Por lo general son bastante bellas, de un aire vivo y acaso seduzcan más que en otras partes y deban una gran parte de su belleza al contraste con las mulatas, indias y negras y otros rostros horribles, que son el mayor número en el País”. Y sobre los criollos apunta: “Son poco amigos de la guerra: la muelle tranquilidad en que viven les hace temer la pérdida de su reposo; sin embargo, soportan fácilmente la fatiga de los largos viajes por tierra”.

Lustros más tarde, vencida primera mitad del siglo, otro viajero, el famoso Lazarillo de Ciegos Caminantes que bajo el seudónimo de Concolorcorvo esconde la ironía y el espíritu crítico de un europeo, el visitador de correos D. Alonso Carrión de la Bandera, también nos dará aunque muy someramente, su visión de Lima y de su estructura estamental. Resulta singular su enjuiciamiento de la nobleza en estos términos: “La Nobleza de Lima —dice— no es disputable o lo será toda la demás del Mundo, porque todos los años estamos viendo los criollos que heredan señoríos y mayorazgos de los más antiguos de España. Omito poner ejemplos por no agraviar a aquellas familias de que no tengo noticia formal y porque mi intento no es hacer apología. El actual Virrey Excmo. Señor don Manuel de Amat y Juniet —prosigue— decoró mucho esta ciudad en paseos públicos y otras muchas obras convenientes al Estado. No puedo referirlas todas porque sería preciso escribir un gran



volumen de a folio y otra pluma, pero nadie puede negar que su genio e ingenio es y ha sido superior a todos los Virreyes, en materia de civilización y buen gusto”.

Durante el mando del dinámico y emprendedor Caballero de Croix, el año de 1788 otro sabio y viajero, D. Hipólito Ruiz tomará contacto con Lima y al socaire de sus descripciones científicas nos proporcionará informes sobre diversos aspectos de la ciudad. Hablando de su extensión escribirá lo siguiente: “Además de las muchas y grandes Chacras o Haciendas de Campo que hai en el hermoso Valle de Lima, se encuentran varias Rancherías y Pueblos de la Magdalena, Miraflores, Los Chorrillos, Surco, Late, Lurigancho y San José de Bellavista, que sucedió al puerto del Callao, donde sólo quedó el Castillo de San Fernando que hace de Presidio y el que con otros dos fuertes es toda la defensa de la bahía”. Y líneas más adelante describe las comidas en estos términos: “Hasta en las mesas y en los paseos se ve hoy una profusión desmedida queriendo imitar las reposterías y Deseres que han visto en las personas grandes que viven en Europa. Antes se componían las mesas más opíparas de seis u ocho platos, muy abundantes, en que no tenían lugar sino los Pabos, Gallinas, Corderos y Ternera. Ahora para cualquier celebridad se busca un cocinero francés, se cubre la mesa tres o quatro veces de todo quanto el País ofrece de regalo, sin que falten las frutas de elado y mucha abundancia de licores, todo a grandes costos”.

Años después, durante la gestión del bailío Gil de Taboada y Lemos, Rossi y Rubi nos pintará la singular personalidad de los cafés limeños diciendo: “Los cafes no han servido en Lima mas que para almorzar y ocupar la siesta: las discusiones literarias empiezan ya a tener lugar en ellos. El Diario Erudito y el Mercurio subministran bastante pábulo al criterio del Público. ¡Dichosos nuestros Papeles, si por medio de la crítica misma que sufran, conserven los cafes libres de las cábalas y murmuraciones, que en otras partes abrigan y por ventura no se han deslizado en los nuestros!”

Finalmente, en su Descripción del Perú, ya a comienzos de la centuría siguiente. Tadeo Hanke, dedicará largas páginas al conocimiento de Lima, de sus costumbres, de su vida económica y social. “Son los limeños en general, escribe, de buena disposición y de buena viveza, que generalmente los distingue de los habitantes de otras partes de América. Manifiéstase ésta en los movimientos de su mirada y aun en la pronunciación más suelta, sin aquella languidez que se advierte en Buenos Aires y Chile. Tienen una percepción muy pronta, y se nota en sus con-

versaciones la peculiar facilidad con que, sin muchas preguntas se imponen de los asuntos que tratan, pero lo que se hace más reparable es el desenfado y poca tímidez con que se presentan a los actos públicos. Esta desenvoltura, hija sin duda del método de su educación hará tal vez resplandecer en ellos un mérito que, examinado en el fondo, estribará sólo en su buena memoria”.

Tal, pues, a vuela pluma los rasgos más representativos que pudieron captar de los limeños y de su ciudad, algunos viajeros y científicos que precedieron a Humboldt en su visita a nuestra Patria. Examinemos ahora las impresiones del sabio alemán en torno a nuestra capital y a su estilo de vida durante su breve visita.

Lima sería por aquel año de 1802 una ciudad de unos 65,000 habitantes, de los cuales una pequeña proporción era blanca y estaba repartida entre españoles europeos, altivos y situados en la nobleza y alta burocracia; y españoles americanos o criollos, algunos de los también nobles y burócratas, enamorados de su tierra y de su tradición, aunque resentidos por su postergación administrativa; una creciente población mestiza; una reducción de indígenas en el Pueblo del cercado; una masa inaveriguable y cada vez más complicada de castas libres y un importante número de esclavos negros. Su esplendor y riqueza, ciertamente había disminuído, y estaban lejos los días en que Gregorio de Cangas, funcionario español conocedor de nuestra realidad por haberla vivido intensamente, había resaltado como los del apogeo de Amat, el Virrey versallesco, caprichoso y regalista.

Gobernaba el Perú don Gabriel de Avilés, hombre que conocía ampliamente la geografía de nuestro pueblo y la psicología de sus habitantes por haber estado aquí —y no en épocas de tranquilidad precisamente— como militar, carrera en la que alcanzó alta graduación. Avilés, como es conocido, tuvo destacada actuación en el aplastamiento de la revolución de D. Gabriel Condorcanqui, Túpac Amaru II, y en vista de sus notables servicios la Corona, lo elevó a la Capitanía General de Chile primero, y luego al Virreinato del Plata. De Buenos Aires iba a regresar al Perú, en donde había destacado su espíritu castrense y en donde poseía, también, por su larga permanencia, muy importantes relaciones.

De este vicesoberano, como de tantos otros que gobernaron el Perú, no se tiene un estudio detallado, y aunque se conoce su *Memoria*, publicada por D. Carlos Romero, amén de la biografía de D. Manuel de Mendiburu, sobre su labor se ha destacado sólo lo anecdótico y cir-

cunstancial. Barros Arana refiriéndose a su gestión en Chile, escribe: “Tipo correcto de los administradores de ésa época, el Presidente Avilés, en efecto a la vez de un funcionario laborioso, severo con los desobedientes a la autoridad real, como lo había demostrado en el Perú, celoso y conciliador para desarmar las competencias entre las autoridades, era austero en sus costumbres y devoto ferviente”. Sobre este último aspecto, el de su acendrada devoción, la malicia limeña tejería anécdotas e inclusive letrillas, como aquella de:

Para la Oración *habil* es  
para el gobierno *inhábil* es.

Modernamente, al margen de estas traspicacias, un historiador argentino ha escrito un serio trabajo sobre las ideas religiosas del Virrey Avilés, ya que como ha destacado más de un estudioso D. Gabriel fue un ejemplo de religiosidad y de ponderación de costumbres, y según apunta el propio Barros: “La modestia de su carácter, de sus hábitos y de su casa, era contada como muestra de humildad cristiana”.

Empero, esta profunda religiosidad de Avilés, no era signo de debilidad y concuasaba perfectamente con su energía y rectitud. Clara muestra de ello la tenemos en su conducta durante la Revolución de Túpac Amaru y en su severidad al confirmar la pena de muerte a los soñadores Aguilar y Ubalde.

Mas lo que nos interesa señalar de manera preferente es el estado del Perú que el barón de Humboldt conoció. Hemos dicho ya que no era éste un estado floreciente, indicando una de las principales razones de su decadencia: las demembraciones peruanas en pro de una mejor administración metropolitana. A ellas habría que señalar otras muchas. Indicaremos algunas tomándolas de la *Memoria* de Avilés. Refiriéndose al comercio peruano, escribe el Virrey lo siguiente: “El Comercio del Perú se mira hoy en una de las épocas de su mayor desgracia”. Y añade: “se halla reducido al más lamentable estado de abatimiento y decadencia”. A esta versión del aspecto económico podrían añadirse otras más referidas al campo intelectual e inclusive social.

En los pocos testimonios de conjunto que Humboldt ha dejado sobre nuestra patria encontraremos la confirmación de esta situación decadente. Y así como el sabio alemán no fue un observador candoroso y complaciente de la vida americana en general, tampoco lo fué al describir nuestro inmediato contorno, el Perú y en concreto a Lima, la ciudad

capital. Si hay un valor humano que destacar en este ilustre viajero, éste será ciertamente su amor a la verdad y su entereza vertida sin ningún tapujo, a través de toda su obra. Así por ejemplo en su Ensayo Político sobre la Nueva España —que dedicara fervorosamente a Carlos IV— escribe: “Cuando un europeo que ha gozado de todos los atractivos que ofrece la vida social en los países de civilización más avanzada, se traslada al Nuevo Continente, se lamenta a cada paso del influjo que siglos hace esta ejerciendo el gobierno colonial sobre la moral de aquellos habitantes”; y seguidamente agrega: “la falta de sociabilidad que es general en las posesiones españolas, los odios que dividen a las castas cercanas entre sí y por efecto de los cuales se ve llena de amargura la vida de los colonos, vienen únicamente de los principios políticos con que desde el siglo XVI han sido gobernadas aquellas provincias”. Añadiendo después: “El gobierno colonial por una falsa política, creyó sacar partido de estas disensiones y procuró alimentar el espíritu de partido y aumentar el odio que mutuamente se profesan las castas”. Estas apreciaciones bastante duras sobre la realidad colonial en la América que le tocó conocer, confirman, pues, nuestro aserto. No se necesita demasiada perspicacia para columbrar a través de estos juicios de Humboldt el evidente descontento que existía en Indias a principios del siglo XIX y como estos odios y pasiones iban a tener trágica vigencia al iniciarse pocos años después la guerra de la independencia.

Y si fue descarnado y tal vez pesimista al apreciar las estructuras sociales y económicas americanas, en general, también lo fue al juzgar en particular nuestro ambiente. Conocida es su apreciación de Lima como ciudad que había “decaído grandemente”. “Aquí —dice— no vi nunca casas bien amuebladas ni mujeres elegantemente vestidas. Las razones de que las familias estén empobrecidas debe de buscarse en las económicas y en el juego”. Y Agrega: “Los juegos de azar y la separación en las familias, disgregan toda unidad social”, para concluir: “aquí existe un frío egoísmo y nadie se interesa por el sufrimiento del prójimo”.

Estas versiones de Humboldt sobre Lima han sido comentadas por D. José de la Riva Agüero, quien acotándolas escribió: “en el fondo de la ceñuda crítica están la fidedigna pintura y el pronóstico de la aflictiva dimensión de nuestra criolla clase superior, que en los preciosos momentos morales de la inminente mayoría de edad del País, olvidaba en todo las enseñanzas, máximas y reglas de sus primeros progenitores, se enervaba en la más baldía holganza, se disolvía por los estragos del

juego y del libertinaje, y en su irremplazable carencia, dejaba el Perú inerme cuando advino el régimen independiente, a las impunes insolencias forasteras y a la miserable audacia de los compatriotas ínfimos". Y refiriéndose a estas mismas críticas dijo también el polígrafo peruano que: "A agravar en Humboldt la impresión de esta tenuidad limeña y peruana, contribuyó aquél momento infausto que era el de nuestra disminución y decadencia...", añadiendo: "La desmembración de vastas provincias había, por otra parte determinado y recrudecido el empobrecimiento".

Empero, no empecé esta crítica severa del sabio alemán —que con las tremendas acotaciones de Riva Agüero podría dejarnos un sabor pesimista— hay que encarar en la obra de Humboldt, otros aspectos en que su preocupación por el Perú aparece menos lacerante. A parte de las numerosas fatigas que pasó durante su viaje por nuestro País para mejor conocerlo y divulgarlo, hay que analizar los múltiples testimonios que sobre el Perú existen en su Obra.

En los Sitios de las Cordilleras y Monumentos de los Pueblos Indígenas de América, encontramos notables descripciones de las civilizaciones antiguas del Perú, con alarde de erudición y con abundantes citas que demuestran el conocimiento de sólidas fuentes, entre las que destacan no sólo estudiosos de nuestro pasado, como Prescott, cuya Historia conoce, sino también de Cronistas, de la seriedad de Pedro Cieza de León. Sus apreciaciones sobre el incario denotan objetividad y a la vez espíritu de crítica y sus valoraciones son realmente certeras. Así escribe: "Asemejábase el Imperio de los Incas a un gran establecimiento monástico en que se prescribe a cada miembro de la Congregación lo que le toca hacer en pro del bien común". Y añade por otro lado: "Un gobierno teocrático dificultaba el desenvolvimiento de las facultades individuales entre los peruanos a pesar de que favorecía los adelantos de la industria, las obras públicas y cuanto revela, por decirlo así, una civilización en masa".

Mas en donde se cala mejor la vibración peruana de Humboldt es en su fervorosa apreciación de nuestro Paisaje. En el libro VII de sus Cuadros de la Naturaleza, encontramos la descripción de la meseta de Cajamarca, en donde vierte sus impresiones de viajero y su atónita toma de contacto con las alturas andinas. "Una circunstancia imprevista y de gran interés —escribe— aumenta la severa impresión que producen las soledades salvajes de las Cordilleras. Precisamente en estas regiones en donde subsisten aún los admirables restos de la gran era construída por

los Incas, de la obra gigantesca que estableció una comunicación entre todas las Provincias del Imperio en una extensión de 400 leguas. En diversos parajes y casi siempre a intervalos iguales —prosigue— vense habitaciones talladas regularmente en piedra especie de Caravan Serallos, Tambos o Inca Pilca, de la palabra Pircca que probablemente significa muralla”. Y refiriéndose a los caminos incaicos dice: “Ninguna de cuántas vías romanas he visto en Italia, en el Mediodía de Francia y en España, era más imponente que estas obras de los antiguos peruanos y lo que es más, me aseguré por medidas barométricas de que se encontraban a la altura de 3,391 mts., más 320 por encima del pico de Tenerife”. Y adelante añade: “Hemos encontrado restos aun más magníficos de las antiguas vías peruanas, en la que conduce de Loja al río de las Amazonas, cerca de los baños de los Incas, sobre el páramo de Chulucanas, poco distante de Huancabamba, junto a Pomahuaca”, concluyendo: “En aquellos sitios en que la configuración del suelo opone al hombre obstáculos poderosos, crece la fuerza con el valor de las razas emprendedoras. Bajo el despotismo centralizador de los Incas, la seguridad y la rapidez de las comunicaciones era, sobre todo para los movimientos de tropas una necesidad gubernamental; de aquí la admirable construcción de estos caminos y el establecimiento de un sistema postal bastante adelantado”.

Hay además otro valor importante que destacar cuando se estudia al peruanista Humboldt. Y este que en su estudio de nuestro paisaje, donde relievaba los merecimientos de la civilización incaica, a cuyos forjadores llama “antiguos peruanos”, supo captar la visión integral del Perú. Aberración grande le pareció, en efecto, la separación de las provincias serranas del Alto Perú, que por una postiza ordenación administrativa fueron a incorporarse al Virreinato de Buenos Aires, dislocándolas de su verdadero eje geopolítico y desvinculándolas desde Madrid de su verdadero centro de gravitación. “También Humboldt —ha escrito Riva Agüero— en su triple calidad de geógrafo, de historiador y de observador político se escandalizaba con la antinatural secesión de los dos perúes; y muchos años después de establecida, exclamaba: “La partición del Perú inspira pesar a cuantos aprecian la importancia de la población indígena”.

Debemos hacer hincapié, igualmente en sus observaciones astronómicas en Lima, en sus estudios del guano como fertilizante, por último, en sus mediciones de la corriente peruana, cuyo descubrimiento se le atribuye y que él, modestamente, rechazaba diciendo: “sólo puedo

pretender el mérito de haber sido el primero en medir su temperatura y velocidad”.

En nuestra tierra supo tener contacto, también, con los más representativos hombres de ciencias y letras. Así, trató el barón de Nordenflicht, famoso mineralogista sajón que estaba en Lima desde la época de Gil y Lemos, a José Gregorio Paredes, al Teniente Moraleda, director interino de la Escuela Náutica y a los botánicos Tafalla y Manzanilla.

Mucho debió conversar, asimismo, con el jerónimo Fray Diego de Cisneros y con don Hipólito Unánue, quienes le hablarían del desaparecido MERCURIO PERUANO, publicación que Humboldt estimaba altamente.

Y en su vejez, mientras redactaba su última obra COSMOS, compendio de los conocimientos científicos de su época, con nostalgia debió recordar Humboldt al Perú, a los amigos que allí dejó, a las experiencias científicas que vivió en su tierra.

En 1859, a los 90 años de edad, se apagaba esta vida laboriosa e inquieta, en el mismo año en que desaparecía otro insigne peruanista, William Prescott, y en que se publicaba una obra que iba a revolucionar la ciencia: “El Origen de las Especies”, de Carlos Darwin, otro naturalista insigne que conoció y apreció la obra de don Federico Enrique Alejandro, Barón de Humboldt.